

## CAPITULO II.

### SIGLO XIX.

*Sumario*.—I. Berthier, general del ejército francés.—II. Vicente Richard.—III. Luis Lacy.—IV. Joaquin Vidal.—V. Diego Calatrava.—VI. Napoleon I.—VII. José Francisco Bonaparte, Napoleon II.—VIII. Carlos Alberto, rey de Cerdeña.—IX. Francisco de P. Cuello.—X. Martin Merino, presbítero.—XI. Luis Felipe, rey de Francia.—XII. Vicente Gioberti.—XIII. Félix de La Mennais.—XIV. Sixto Cámara.—XV. Enrique Heine.—XVI. Camilo Benso, conde de Cavour.—XVII. Miguel Caputo, obispo de Ariano.—XVIII. Santos Guardiola, presidente de la república de Honduras.—XIX. Othon I, rey de Grecia.—XX. Luis Carlos Fatini, ministro de Victor Manuel II.—XXI. Cassinis, ministro de Victor Manuel II.—XXII. Filibecchi.—XXIII. José Mazzini.—XXIV. Juan Prim.—XXV. Napoleon III, emperador de Francia.—XXVI. Alcalá Zamora, obispo oismático de Cebú.—XXVII. Urbano Batazzi, ministro de Victor Manuel II.—XXVIII. Nimio Bixio, general italiano.—XXIX. Fiu funesto de otros perseguidores y enemigos de la Iglesia.

#### I.

Berthier, general del ejército francés.

(MURIO AÑO 1815 DE N. S. JESUCRISTO.)

Estamos en el siglo de las luces; en el siglo del vapor y de la electricidad; en el siglo del

progreso material, pero tambien estamos en el siglo de la revolucion; en el siglo de las desolaciones; en el siglo de la libertad para el mal, de la tiranía para el bien, de las guerras injustas, de las usurpaciones, de los grandes atentados; en el siglo de los Napoleones, de los Luis Felipes, de los Guillemos, de Victor Manuel, de Bismark, de Mazzini y Garibaldi; en el siglo de una discusion que solo ha producido tinieblas, porque la razon se ha proclamado independiente en sus tortuosos e intrincados senderos, cerrando los ojos á la luz que la ilumina; en el siglo de la lucha más encarnizada de la fuerza contra el derecho, del mal contra el bien, del error contra la verdad, de la Revolucion contra la Iglesia, del hombre contra Dios.

El hombre ha reincidido en el pecado de Adán al pretender igualarse á Dios, y se ha hecho desgraciado; ha pretendido hacer de su razon una torre de Babel para escalar al cielo, y la confusion de las ideas ha dispersado á las generaciones por los desiertos arenales de la duda, del error y de las negaciones; se ha abandonado á las abominaciones de brutal sensualismo, y el fuego de los hombres ha devorado sus capitales, como el fuego de Dios consumió las ciudades de la Pentápolis.

Estamos, pues, en el siglo de los grandes crímenes y de los grandes castigos; pero también estamos en el siglo de los consuelos santos y de las inefables esperanzas, porque la misericordia divina no ha abandonado jamás al hombre, y le ha mostrado siempre un faro luminoso que le guía por el camino de la gracia.

Nuestros primeros padres recibieron ya en el Paraíso la revelación de un Salvador que redimiría su pecado; el pueblo escogido tuvo un Moisés que le dió á conocer la Ley divina y le condujo á la tierra de promisión, guiado por la nube y la columna de humo que Dios impulsaba delante de él; ese mismo pueblo y todos los hombres de la tierra recibieron después en su seno al mismo Dios hecho Hombre; los Magos fueron guiados por una estrella hasta el portal de Belén, y nosotros tenemos en Pio IX el Moisés de la nueva Ley, el faro, la nube, la columna de humo, la estrella que nos guía por el camino de nuestra salvación en esta desgraciada época tan azarosa y difícil, y tan conturbada por el espíritu revolucionario.

Desde principios del siglo la Revolución francesa, personificada en Napoleón, se manifestaba ya imponente y amenazadora detrás de aquellos ejércitos invencibles que impusieron á toda Eu-

ropa la ley de la Revolución, porque así lo permitió la Providencia para castigo y enseñanza de los pueblos. El mismo Napoleón estaba convencido de su misión, cuando, al pasar los Alpes, dijo á uno de sus ayudantes: "Gran cosa os parece el ser emperador de los franceses y rey de Italia: yo no me hago ilusiones; soy el instrumento de la Providencia, la cual me conservará mientras tenga necesidad de mí, y después me romperá en mil pedazos como un vaso de vidrio (1)."

Desconociendo después su misión, y cegado por la gloria, el hijo del pueblo, el capitán de la República, el soldado de la libertad, cónese la corona, degenera en tirano, y pretendiendo sujetar las almas á su voluntad, como había sometido los cuerpos con la espada, y conquistar la Iglesia, como había conquistado reinos enteros, vió que había un poder superior al suyo, la Iglesia; un Monarca más fuerte que él, el Papa, y un ejército, la opinión, contra el cual nada podían su buena estrella, su prestigio ni sus ejércitos victoriosos.

Vencidos los Monarcas más poderosos de Europa, y destronados los más débiles. Napoleón

(1) *Memorias del coronel de Baváas.*



encontró al fin una resistencia que no podían vencer sus ejércitos, la resistencia del derecho, la resistencia de Dios, personificada en el Papa. Acostumbrado á imponer su voluntad y á organizarlo todo á su capricho, quiso imponer la ley á la Iglesia y organizarla á su manera, como había organizado á los judíos, y estallaron las luchas religiosas.

El Papa, los Prelados, el clero y los católicos se opusieron á los planes del conquistador, que llamaba ingrátitud esta oposición, y exclamaba irritado: "¡Qué insolencia la de estos clérigos! En la división de la autoridad se reserva la acción sobre la inteligencia, es decir, sobre la parte más noble del hombre, y pretende reducirme á mandar solo sobre el cuerpo. Se quedan con el alma, y me dejan el cadáver."

Al poco tiempo sus soldados penetraban en Italia y ocupaban á Roma, mientras el Emperador, vencedor en Viena, firmaba en Schönbrunn la unión de los Estados Pontificios al imperio francés. El tirano de Europa se hizo también tirano de la Iglesia, y nombraba Prelados, convocaba Concilios, violaba el Concordato, apriisionaba y maltrataba al Papa, perseguía á sus fieles servidores y los encerraba en prisiones, donde si pedían un Breviario les daban un tomo

de Voltaire. Por último, se intimó al Papa de órden del mismo Napoleón, la prohibición de comunicarse con las iglesias y súbditos del imperio, y se le anunció que cesaba de ser órgano de la Iglesia; y que tuviera entendido que el Emperador, imitando á otros predecesores suyos, podía destituir á un Papa.

No obstante, Napoleón reconoció su impotencia para combatir contra su prisionero, cuando dijo á de Fontanes: "Alejandro pudo llamarse hijo de Júpiter sin ser contradicho, y un Monarca como yo encuentra un sacerdote más poderoso, porque reina sobre el espíritu, y yo reino solamente sobre la materia (1)."

La lucha no podía ser más desigual; pero Napoleón, á pesar de todo, la aceptó en su soberbia, y pereció en la demanda.

Sus enemigos vencidos juntáronse en formidable alianza, y destruidos en España y Rusia los ejércitos invencibles del conquistador, los aliados tomaron á París e impusieron al coloso la abdicación.

---

(1) CANTU, *Historia universal*, libro XVIII, capítulo XIII.

Algunos años más tarde Napoleón logra recobrar el trono de Francia; pero su segundo reinado, que se cuenta por días, terminó con la batalla de Waterloo y con el encierro del Emperador en Santa Elena.

El coloso cayó para no levantarse más, y Europa creyó había recobrado una paz duradera, sin considerar que, aunque había inutilizado al hombre, no había logrado ahogar la idea que representaba, y que á pesar suyo germinaba por todas partes.

En efecto: la Revolución ganaba terreno de día en día, y á las guerras de Napoleón siguieron las luchas políticas que estallaron en todo el continente europeo, y que á fuerza de audacia, de constancia, de toda clase de crímenes, y de atentados de toda especie, ha logrado enseñorearse de Europa y del mundo todo.

Aunque á la caída de Napoleón se operó una gran reacción religiosa, y la Iglesia pudo disfrutar algunos años de paz, la tregua fué muy corta, é irreparables los males que la siguieron.

La cristiandad entera, y Francia muy especialmente, instituyeron nuevas asociaciones religiosas y de caridad, y reanimaron las antiguas. El inveterado odio de la Inglaterra protestante

se mitigó hasta el punto de que el gobierno escuchaba la voz de los Obispos católicos, y el rey Jorge IV sostenía una correspondencia directa y afectuosa con la corte romana, y de que los plenipotenciarios de la Gran Bretaña en el Congreso de Viena recibieron orden de favorecer y sustentar todas las peticiones del cardenal Conralvi, representante de la Santa Sede. Las relaciones del Papa con las demás potencias no católicas eran también muy lisonjeras. Rusia consintió que Polonia tuviese Obispos, y aun Arzobispo residente en Varsobia; los Países Bajos firmaron un Concordato, y los asuntos religiosos se regularon en Wurtemberg, en el Gran Ducado de Baden, en el Hesse Electoral y en otros Estados alemanes.

La Revolución, como dice Crétineau-Joly, había perdido quince años, que iba á recobrar en una hera, comenzando para la Iglesia una persecución nueva, la de la Revolución que es acaso la más terrible de todas.

“La Revolución, escribía hace algunos años Mons. Segur, no es una cuestión puramente política; es también una cuestión religiosa.... La Revolución no es solamente una cuestión religiosa, sino la gran cuestión religiosa de nuestro siglo.



"Tomada en su sentido más general, la Revolución es la rebeldía erigida en principio y en derecho. No se trata del mero hecho de la rebelión, pues en todos tiempos las ha habido: se trata del derecho, del principio de rebelión elevado á regla práctica y fundamento de las sociedades; de la negación sistemática de la autoridad legítima; de la teoría de la rebelión; de la apología y orgullo de la misma; de la consagración legal del principio de toda rebelión. Tampoco es la rebelión del individuo contra su legítimo superior; esto se llama desobediencia; es la rebelión de la sociedad, como sociedad; el carácter de la Revolución es esencialmente social, y no individual.

"Tres grados hay en la Revolución:

"1.º La destrucción de la Iglesia como autoridad y sociedad religiosa, protectora de las demás autoridades y sociedades; en este grado, que nos interesa directamente, la Revolución es la negación de la Iglesia erigida en principio y formulada en derecho; la separación de la Iglesia y del Estado, con el fin de dejar á este descubierto y quitarle su apoyo fundamental.

"2.º La destrucción de los troncos y de la legítima autoridad política, consecuencia inevitable de la destrucción de la autoridad católica,

Esta destrucción es la última expresión del principio revolucionario de la moderna democracia; y de lo que hoy se llama la *soberanía del pueblo*.

"3.º La destrucción de la sociedad, es decir, de la organización que recibió de Dios de otro modo; la destrucción de los derechos de la familia y de la propiedad en provecho de una *destrucción* que los doctores revolucionarios llaman el *Estado*. Es, por último, el socialismo, fin principal de la Revolución perfecta, rebelión postrema, destrucción del último derecho. En este grado, la Revolución es, ó más bien sería, la destrucción completa del orden divino en la tierra, y el reinado perfecto del demonio en el mundo.

"*Formulada* por la vez primera por J. J. Rousseau, y luego en 89 y 93 por la revolución francesa, la Revolución se mostró ya en su origen como la enemiga implacable del Cristianismo. Sus furiosas persecuciones contra la Iglesia recuerdan las del paganismo. Ella sacrificó Obispos, asesinó sacerdotes y toda clase de católicos; cerró ó destruyó templos; dispersó las Ordenes religiosas, y arrastró por el fango las cruces y reliquias de los Santos. Si rábía se extendió por toda Europa, rompió todas las tradiciones, y hasta llegó á crear un momento ha-

ber destruido el Catolicismo, al cual llamaba con desprecio una supersticion antigua y fanatica.

"Sobre este monton de ruinas ha levantado un nuevo régimen de leyes ateas, de sociedades sin religion, de pueblos y Reyes *absolutamente* independientes. Desde hace sesenta años va dilatándose más y más; crece y se extiende en el mundo entero, destruyendo por do quiera la influencia social de la Iglesia, pervirtiendo las inteligencias, calumniando al clero y minando por sus cimientos el gran edificio de la fé.

"Bajo el punto de vista religioso, la Revolucion puede definirse del modo siguiente. La negacion legal del reino de Jesucristo en la tierra, la destruccion social de la Iglesia. Combatir la Revolucion es, por lo tanto, un acto de fé, un deber religioso de la mayor importancia. Obrando así, se obra además como buen ciudadano y hombre de bien, pues se defienden la patria y la familia. Si los partidos políticos de buena fé y que conservan su honra, la combaten bajo sus puntos de vista, nosotros los cristianos debemos combatirla bajo los nuestros, que son mucho más elevados, pues defendemos aquello que amamos más que nuestra vida."

Despue de los quince años de tregua, la Revolucion se manifestó tal como nos la pinta Se-

gur, ocultándose, para atraer á los incautos, bajo, la máscara del *liberalismo*, y haciendo una propaganda incesante de las llamadas *ideas liberales*; y hé aquí la forma adoptada en nuestro siglo para combatir á la Iglesia por todos sus enemigos.

Y hé aquí por qué decíamos que si se inutilizó á Napoleon despues de Waterloo, su idea quedó intacta y germinaba en toda Europa.

Así fué: el liberalismo, semejante á contagiosa epidemia, se extendió por todo el antiguo continente, á cuyos estados lo llevaron los ejércitos vencedores de Napoleon, y aun los soldados extranjeros que sirvieron bajo sus banderas, los mismos soldados que fueron á combatirlo y á vencerle, y los prisioneros del ejército francés, todos los cuales se impregnaron allí de los principios revolucionarios, y al volver á sus hogares los contaminaron con la idea de la que habian sido soldados, enemigos y acaso víctimas.

Desde entónces la Revolucion, declamando contra la tiranía de los gobiernos y los abusos del clero, y predicando al mismo tiempo libertad y tolerancia, no perdía ocasion ni desperdiciaba momento para hacer propaganda de sus ideas. El libro, la novela, el folleto, el periódico,



dico, la comedia, se encargaron de coadyuvar á la obra, mientras en la misma Francia, y bajo el reinado de Luis XVIII, se hicieron doce ediciones de las obras de Voltaire y trece de las de Rousseau, que produjeron 2.741,400 volúmenes de doctrinas peligrosísimas.

La Revolución explotó también con fruto la enseñanza, y al cabo de algunos años contaba ya con la opinión, y pudo imponerse y triunfar. En veinte años, desde 1820 á 1840, casi toda Europa se gobernaba por Constituciones.

En aquella época nació también la idea de la unidad de Italia, que fué acogida por los liberales para realizar sus propósitos á la sombra de aquella bandera.

Algunos años más tarde, todos los gobiernos de Europa, y aun de América, eran liberales, y la Iglesia era combatida en todas partes y perseguida de muerte. La Restauración, realizada á medias en Francia con el entronizamiento de sus legítimos Reyes, preparó la monarquía volteriana de Luis Felipe, y esta á su vez la república conservadora de Cavaignac y de Napolen, el imperio cesarista de éste último, la *Commune*, y otra nueva república conservadora-liberal de Mac-Mahon. España, durante las regencias de

la reina doña Cristina y de Espartero, y bajo el reinado de doña Isabel II, y durante la revolución, marcha, hace más de cuarenta años, con más ó menos celeridad por el mismo camino. Italia ha logrado realizar en nuestros días su unidad en provecho del liberalismo y en perjuicio de la Iglesia. En Bélgica luchan siempre los liberales en el campo de la política con ventaja sobre los católicos. El liberalismo inspira también en Austria y Suiza leyes tiránicas contra la Iglesia. Inglaterra, que ve inspirar en su seno el protestantismo, hace esfuerzos incesantes por propagarlo en los demás países, y en Prusia, donde el protestantismo y el masonismo dominan por absoluto en el gobierno, sufre la Iglesia una persecución tan bárbara como sistemática.

El liberalismo predomina también en el único imperio y en las numerosas repúblicas que rigen los destinos de ambas Américas; y solamente el Ecuador, que desde hace algunos años se gobierna con una política cristiana, ofreció á las naciones el ejemplo de un pueblo modelo, porque su gobierno es eminentemente católico.

Por tanto, la política es el procedimiento empleado en nuestra época para combatir á la Iglesia, que por do quiera ha visto asesinados y perseguidos sus Prelados y sacerdotes, destruidos

sus templos, robados sus tesoros y riquezas, cerrados sus Seminarios, abolidas sus Ordenes religiosas, limitados su derechos y prerogativas, invadida sus supremacia espiritual, y despojado y prisionero á su Vicario.

Por lo que toca á nuestra patria, he aquí el memorial de los agravios que ha inferido á la Iglesia la revolucion de 1808, en el cual están contenidos los de todas las revoluciones que han sufrido, no solo España, sino toda Europa, en el presente siglo.

Bajo el imperio de la regencia y de la monarquía revolucionaria, á los gritos de viva la libertad y en nombre de la separacion de la Iglesia y del Estado, pareciendo el más añejo despotismo, y sin tener en cuenta la respetable voz de sábios y encapitados Prelados de la Iglesia católica y de otros muchos dignos defensores de la misma, se consignó en la Constitución del Estado la *libertad de cultos*, principio racionalista, fruto de las revoluciones modernas, que se funda en los errores absurdos de la soberanía de la razon y de la libertad del pensamiento, que hace de igual condicion y da los mismos derechos á la Religión, la verdad y el bien, que á las sectas, el error y el mal, que reconoce en todos los hombres el derecho de adorar á Dios, ó al

diablo, [ó á sí mismos, como quieran y cuando quieran.

Expulsó á los Jesuitas.

Disolvió la sociedad de San Vicente de Paul.

Derribó artísticas y monumentales Iglesias.

Decretó las famosas *incantaciones*.

Animó, toleró y premió los ataques y atropellos llevados á cabo por asalariadas turbas contra la Nunciatura.

Formó causas criminales contra varios Prelados.

Circuló á las potencias extranjeras notas insultantes contra los derechos del Concilio.

Escandalizó á la nacion entera con las horribles blasfemias proferidas en el Congreso.

Arrancó por sorpresa el matrimonio civil, ó sea el concubinato legal.

Despojó á multitud de religiosas de sus conventos.

Se *incauló* de edificios como las Calatravas y Salesas.

Eliminó la enseñanza del *Catecismo* de la instrucción *primaria*.

Suprimió colegios destinados á formar misioneros para Cuba y Puerto Rico.

Secularizó la Universidad de Santo Tomás de



Manila, *incautándose* del edificio, bibliotecas, gabinetea, museos, etc., etc.

Suspendió indefinidamente el pago del culto y clero, cuya contribucion seguia pagando la nacion española.

Usurpó el vicariato general castrense.

Apedreó los balcones que se iluminaron para celebrar el vigésimoquinto aniversario de la elevacion de Sa Santidad Pio IX al Trono pontificio.

Profanó gran número de los cementerios de España.

Declaró *hijos ilegítimos* á los nacidos del matrimonio canónico.

Suprimió el cargo de procapellan mayor de Palacio, establecido en el Concordato.

Suprimió la dotacion del Patriarca de las Indias.

Abolió el fuero eclesiástico.

Dictó la *ley de Montero Rios*.

Intentó, aunque no pudo llevar á cabo, la *secularizacion é incaucion* de los cementerios.

Bajo la anarquía de la República y al grito de la libertad de cultos y de conciencia;

Atropelló y maltrató á gran número de sacerdotes en Barcelona, etc., etc.

Profanó y derribó soberbios templos en Málaga, Borgoña, etc.

Profanó los cementerios en Andalucía.

Expulsó las religiosas, *incautándose* de sus conventos en Cádiz, Milaga, etc.

Expulsó á los Jesuitas de Salamanca.

Decretó la *tasa y arriendo* de nuestros templos en Galicia, coronando la obra con los asesinatos de Baden.

Asesinó en Alcoy á varios sacerdotes.

Toleró pública y escandalosamente en Madrid las más injuriosas y obscenas caricaturas y cantares contra los misterios de nuestra Santa Religion, y contra los ministros de nuestro culto.

Suprimió el *santo nombre de Dios* en las comunicaciones oficiales.

Toleró bailes públicos en nuestros templos de Barcelona.

Abolió las órdenes religiosas.

Y preparó la *ley de separacion de la Iglesia y del Estado*.

Bajo la vergonzosa y humillante dictadura de la república conservadora:

Retuvo las bulas de los Obispos.

Creó el tribunal *disyuntivo* de las Ordenes.

Y en nombre de la *República*, conservó las *regalias*; y en nombre del *ateísmo*, consignado en la Constitución del 69, reivindicó el *patronato*.

Nombró además, *ex auctoritate propria*, multitud de clérigos apóstatas para los cargos más sagrados, y durante todo el curso de la revolución tuvimos Obispos cismáticos, ora en Cuba, ora en Filipinas.

Las doctrinas materialistas más disolventes y groseras se proclamaron á la faz del día; las logias masónicas se abrieron, los círculos espiritistas se inauguraban, las academias protestantes, regidas por clérigos apóstatas, celebraban sus sesiones, mientras se prohibían pastorales de Obispos y se cerraban las cátedras de la *Juventud católica*, y se maltrataba á los académicos.

En el órden político, los atentados de la revolución apenas pueden enumerarse. No obstante, el Sr. Nuét, en su obra *Atentados de la francmasonería al órden social*, inserta la siguiente curiosa estadística, que comprende desde 1833 hasta 1858:

“Co nstituciones promulgadas.....	5
Motines generales cuyo efecto ha sido un cambio en el gobierno, ó, en otros términos, motines victoriosos.....	5

Constituciones elaboradas y discutidas, pero que no han recibido la sanción definitiva .....	2
Subelevaciones generales por la fuerza de las armas .....	3
Motines parciales, pero que han producido graves desastres. (En esta cifra no están comprendidos los pronunciamientos militares).....	1,500
Elecciones generales .....	17
Legislaturas .....	27
Senadores electos, senadores de por vida y de derecho.....	725
Diputados elegidos por las provincias..	2,299
Sesiones habidas en el Senado y Congreso.....	3,778
Ministerios .....	47
Ministros que ha habido en los diversos ministerios.....	529

“Si se quiere, dice el Sr. Nuét, tener una idea del número de leyes, decretos y reales órdenes formados por esta inmensa falanja de legisladores y ministros, bastará recordar que la colección de todos estos documentos no forma menos de cien volúmenes en 4.º, impresos en compactos caracteres. Hé ahí lo que ha tenido Es:



paña: una Constitución por lustro, y en un cuarto de siglo, desde 1833 hasta 1858, mil quinientos millones y quinientos ministros. ¡Qué inconstancia! ¡Qué caos, á que no han podido poner remedio cien volúmenes de leyes! Porque despues de 1858 ha habido todavía muchos millones, pronunciamientos y cambios en el gobierno de este país."

Desde 1858 hasta hoy, las cifras todas de esta desconsoladora estadística han aumentado de tal modo, y muy especialmente en los últimos siete años, que bien puede decirse que la Revolución del 68 ha superado en tan corto espacio de tiempo á todas las revoluciones anteriores que durante medio siglo afligieron á España con sus desastres.

Pero no es solamente el racionalismo aplicado á la política, ó sea el liberalismo, la única arma que esgrimen sin reposo los enemigos de la Iglesia. El protestantismo y el filosofismo, ó sea la aplicación del racionalismo á la Religión y á la filosofía, el sensualismo, consecuencia de todos estos errores, y el masonismo, ó sea la organización de las huestes revolucionarias, hé aquí los poderosos elementos con que se pretende en vano corromper á las sociedades para realizar el voto de Voltaire y la empresa que

inició cuando gritó en su soberbia: *¡Destruyamos á la infame!*

Por eso reviste la persecución á la Iglesia los mismos caracteres en todas partes; y siendo los mismos los elementos, los ataques y los resultados, solo varían los hombres, los lugares y las fechas. Por eso, al leer la historia de la Revolución en Francia, en Italia ó en España, puede decirse se ha leído hasta en sus menores detalles la historia de la revolución universal.

La Iglesia atraviesa hoy una crisis tanto mas terrible, cuanto que el mal cunde por todas partes, y dispone, no solo de sus propios recursos, sino de los que le proporcionan los gobiernos todos que le propagan, le apoyan, protegen é imponen.

El liberalismo domina en los consejos de los pueblos y de los Reyes, y apenas hay sobre la tierra un Estado que no se rija por leyes tiránicas, contrarias á la Iglesia y á la verdadera libertad cristiana.

Así es que la Revolución avanza de día en día. Francia y España han visto ya sus horrores en su última consecuencia, y al fin, si no se la contiene á tiempo, acabará por imponerse en un cataclismo en que todo parecerá mecerse la Iglesia.

Por esto nuestra esperanza debe crecer á medida que aumente el peligro. Nunca ha estado tan cerca el día de la calma, el día de la victoria, como en el día de la tempestad y de la batalla.

El momento de la justicia se acerca, y así como Dios hundió al coloso de la Revolución y dió la libertad á Pio VII, abatirá la Revolución y dará la paz á su Iglesia.

¡Quiera el cielo que Pio IX vea brillar ese fausto día, y no sea mártir hasta en morir sin presenciar el triunfo, al que ha contribuido tanto!

A principios de este siglo la Iglesia se hallaba también vejada y perseguida; Pio VII prisionero como Pio IX, y Dios le manifestó su protección castigando á sus enemigos. Esto será acaso un presagio de la victoria.

Y hé aquí que al citar los ejemplos de la divina venganza que registra nuestro siglo, hemos de comenzar por un invasor de los Estados Pontificios.

Inmediatamente despues de la muerte del general Daphot (1) recibió Berthier del Directo-

(1) Véase Duphot.

rio la orden de marchar contra Roma, á la cabeza de un ejército formidable, que entró en la Ciudad Santa el día 12 de Febrero de 1798. Dos dias despues, el general plantaba por la mañana, en el centro de la ciudad de los Papas, el árbol de la libertad, y proclamaba la república romana. Aquella misma tarde anunció el romano Pontífice que habia dejado de ser soberano temporal, y el 20 del mismo mes Pio VI partió para Toscana, y de allí fué llevado á Francia, donde murió el 29 de Agosto de 1799, bajo el peso de los rigores de la más dura cautividad.

El día 1.º de Junio de 1815, hallándose Berthier en Bamberg con el príncipe de Baviera, su suegro, fué acometido de una fiebre, y se arrojó por un balcon, quedando muerto en el acto (1).

(1) RICARD. *Fin tragique des persecuteurs de P. Egise*, part. 3.º cap. XII.



## II.

Vicenté Richard.

(MURIO AÑO 1815 DE N. S. JESUCRISTO.)

Uno de los elementos de que se valieron los revolucionarios en España desde principios del este siglo para hacer triunfar sus ideas, fué el establecimiento de sociedades secretas, cuya pública organización garantizaba el resultado de su empresa y les prestaba grandes medios de defensa y de impunidad en la cruda guerra que hacían á la Iglesia, y por consiguiente á la sociedad.

Acaso estrañen algunos que incluyamos en esta obra, entre los enemigos y perseguidores de la Iglesia, á los que, afiliados en ciertos partidos políticos y aun en las sociedades secretas, y muy especialmente en la francmasonería, han sufrido en España desastrosa muerte, despues

de haber vivido consagrados en cuerpo y alma á la Revolucion y á aquellas sectas abominables.

Sin embargo, los que así juzguen de buena fé, quedarán convencidos al considerar que la Revolucion y el liberalismo han dirigido siempre y principalmente sus tiros contra el Catolicismo, y que los liberales, como gobierno, han seguido sin cesar una política emicentemente anticatólica, y atentatoria á las libertades y derechos de la Iglesia.

Verdad es que no podremos citar respecto de alguno de ellos cuyo trágico fin vamos á reseñar hechos concretos de persecucion, ya contra la Iglesia, ya contra sus ministros; pero sus trabajos por la causa de la Revolucion, y el estar afiliados á esas sociedades, hecho reconocido ya por voraces historiadores, creemos nos autorizan á considerarlos como enemigos y perseguidores de la Iglesia; con tanta más razon, cuanto que ésta ha condenado la existencia de esas sociedades, y fulminado sus anatemas contra los que á ellas pertenecen. *Qui non es mecum, contra me est*, dijo Jesucristo. El que no está con la Iglesia, está contra la Iglesia.

La Revolucion ha sido, sin dada alguna, el fin de los que, invocando la libertad, han causado

la ruina de España en el presente siglo; pero las sociedades secretas han sido el medio, y los afiliados á ellas su instrumento. En efecto: casi todas las conspiraciones y sublevaciones, frustradas unas y consumadas las otras, que se han fraguado en España han sido suscitadas por la masonería y ejecutadas por sus sectarios, segun afirma La Fuente en su *Historia de las sociedades secretas*.

La ambicion y el odio á la Iglesia y al Catolicismo fueron los móviles que impulsaron á los francmasones en todas aquellas revueltas; pero Dios permitió que el elemento en que muchos de ellos oífraban su elevacion y su fortuna, fuese la causa de su completa ruina.

Entre todas las conspiraciones, de las muchas que fraguaron las sociedades secretas en España desde el año de 1814 al 20, la más terrible fué la de D. Vicente Richard, cuyo plan, descubrimiento y castigo de su jefe, describe en los términos siguientes el autor liberal y anónimo de la *Historia de la vida y reinado de Fernando VII*, tomo II:

“Una conspiracion horrosa, descubierta en aquel tiempo, y en la que corrió inminente riesgo la vida del Rey, debió convencerle de que el

entusiasmo que despertó á su regreso de Valencey, trocábase en odio en muchos españoles, enajenando el amor con el tortuoso vagar de sus consejeros. Aunque de las escasas luces que dió el procezo parecia resultar que el jefe de la trama era el comisario de guerra D. Vicente Richard, no cabe duda en que *el proyecto era vasto*, y tan sagazmente urdido, que aun descubierta un cabo, rompíase al ir á seguirle, y aparecia suelto é independiente del conjunto. Porque formada la asociacion *por la cadena llamada del triángulo*, cada conjurado solo conocia y sabia el nombre de dos personas, sin que le constase quiénes eran los demás, no obstante que presumia se contaba con el apoyo de fuertes y numerosos brazos. Consiste el *triángulo* en que su cabeza se descubre á dos individuos, cada uno de los cuales forma un ángulo con otros dos iniciados, y uno de éstos el eslabon sucesivo con otros tantos, procediendo de igual suerte hasta lo infinito. De aquí resulta que solo los jefes principales poseen el secreto; se rouan y pesan los medios; tomado un acuerdo, comunicase rápidamente por los eslabones de la cadena, y sin saber la mano que lo impulsa todo, se pone en movimiento y se ejecuta ciegamente el golpe.

“El objeto de los conjurados era proclamar el



gobierno representativo (1), cimentándolo sobre el cadáver del Monarca, si no cedía á las amenazas cuando se apoderasen de su persona (2), porque entónces no habia dado muestras de aquella debilidad flexible á los peligros.

“Formaban la cadena militares, empleados, condecorados algunos con nobles insignias, y otros con destino del mismo Palacio: y al paso que aquella se extendia perdiéndose de vista, componíase de los individuos más humildes de la sociedad. Para facilitar el éxito habíase reunido una suma considerable, y prometíase otras mayores si llegaba el caso de ser necesarias.”

Pero cuando todo estaba dispuesto, abortó la conjuración.

(1) El Sr. La Fuente en su *Historia de las sociedades secretas*, rectifica en esto al autor que copiamos, en la siguiente nota: “Con perdón del autor, que en esto encubre lo que sabe todo el mundo, la conspiración de Richard era republicana neto.”

(2) El mismo Sr. La Fuente dice en otra nota: “No es cierto: demasiado sabian los conjurados que el Rey no les cumpliría lo que entónces les ofreciese; el plan era asesinarle á todo trance. Abortada la conspiración, hicieron correr la voz de que solo se trataba de prenderle, á fin de atenuar el horror que inspiró aquella conspiración masó-nico-republicana á todos los hombres de bien.

“Los dos iniciados del eslabon de Richard, añade la *Historia de la Vida y reinado de Fernando VII* ya citada, eran dos sargentos de marina, que desde el principio habian desplegado el mayor celo, y á los cuales habia confiado el comisario un puesto peligroso para el momento terrible. Aterrados con la magnitud de la empresa, ó seducidos con la brillante perspectiva que les proporcionaría el servicio que prestaban al Rey descubriendo la conjuración, corrieron á delatar á Richard y á los demás compañeros que conocian. Sabida en Palacio la nueva de tan importante descubrimiento, los iniciados avisaron á sus cómplices, y circulando el aviso eléctricamente por la cadena, no tardó en llegar á oídos del comisario de guerra. Como el nombre de los delatores era todavía un misterio, voló Richard en busca de los sargentos para que se salvarsen; y asiéndole éstos y poniéndole una pistola al pecho, condujéronle á la cárcel á disposicion de las autoridades.”

Richard pereció en la horca sin delatar á sus cómplices, no obstante el tormento que le aplicaron, y su cabeza la colocaron en la puerta de Alcalá, teatro destinado para la ejecución del crimen que proyectaba,

## III.

Luis Lacy.

(MURIO AÑO 1817 DE N. S. JESUCRISTO.)

Una de las conspiraciones fragnadas á principio de este siglo por las sociedades secretas, fué la iniciada en Cataluña en 1817 por el teniente general D. Luis Lacy, afiliado en la masonería segun afirma en sus *Memorias Van Halen*, que no parecerá sospechoso en cuanto á francmasonería se refiere.

D. Luis Lacy, que sirvió en la guerra de la Independencia, y derramó su sangre luchando contra los franceses en la batalla de Ocaña, en los campos de Cádiz y en otros puntos de la Península, vióse con disgusto pospuesto y arrinconado á la vuelta del Monarca, segun se afirma en la *Historia de la vida de Fernando VII*, por-

que no habia sido de los que aprobaron con viles lisonjas la abolicion del gobierno representativo.

Segun afirma La Fuente (1), Lacy habia seguido en correspondencia durante todo el año 1816 con la lógia superior masónica de Granada, que era centro de aquella continua conspiracion que tuvo amenazada la tranquilidad de España desde el año 1814 al 20

Posteriormente hizo un viaje á Madrid, donde asistió á varias juntas secretas de los liberales prometiéndoles tomar parte en el alzamiento que se proyectaba, y que á principios de 1817 se hallaba tan adelantado, que los conspiradores contaban con casi todo el ejército y con varios capitanes generales, de los cuales, unos la apoyaban, y otros no la combatian.

La *Historia de la vida de Fernando VII* refiere minuciosamente la explosion y sofocacion del pronunciamiento; pero basta á nuestro propósito consignar aquí que, denunciada la conjuracion por dos comprometidos en ella, y preso D. Luis Lacy, despues de verse abandonado de los pocos que le siguieron, fué conducido á Palma de Ma-

(1) *Historia de las sociedades secretas*, tomo I, pág. 255



llores, donde se le fusiló el día 5 de Julio en el foso del castillo de Bellver.

## IV.

Joaquin Vidal.

(MURIO AÑO 1819 DE N. S. JESUCRISTO)

De todas las conspiraciones, dice La Faente (1), urdidas desde 1814, que no son sino una sola continua y no interrumpida, ninguna más vasta, mas trascendental ni mejor preparada que la de Vidal, dispuesta para el día 1.º de Enero de 1819, de la cual habia sido elegido jefe tanto en Valladolid como en Madrid, el coronel D. Joaquin Vidal.

(1) *Historia de las sociedades secretas* tomo I, cap. III, pár. XXXI.

Esta insurreccion debia estallar en Valencia, y para que no se dude de que la conspiracion era masónica, citaremos el siguiente testimonio de un escritor irrecusable en este punto, por ser liberal.

“Los individuos de las lógicas de Valencia habian urdido, de acuerdo con sus hermanos de Madrid, una vasta conspiracion para derrocar el gobierno de Fernando, D. Joaquin Vidal uno de los jefes conjurados, acababa de regresar á Castilla, donde habia atado los cabos de la urdimbre, mientras D. Diego Calatrava los extendia á la provincia valenciana. Vidal, de regreso de la corte, habia almorzado con O'Donnell segundo cabo de aquella capitanía general, quien poseia el secreto de lo que se trataba (2).”

“El plan concertado en Madrid, dice Van-Halen (3), se reducia á proclamar á D. Carlos IV como Rey constitucional, pidiendo á este Monarca que, usando del poder que le daban la paternidad y el cetro, mandase á su hijo á Inglaterra.

(2) *Historia de la vida de Fernando VII*, tomo II, página 135.

(3) *Memorias*, tomo II, pág. 150.

"El arresto de Elío en Valencia debía ser para la nación la señal de libertad."

"Todo lo tenían dispuesto los patriotas de Valencia, dice el mismo patrioter Van-Halen para apoderarse aquella noche en el teatro de la persona de tan odioso tirano.

"La ciudadela estaba pronta á recibir al nuevo capturado; la guardia del teatro pronta á obedecer la primera señal de Vidal, y los patriotas apoderados de los billetes de aquellos asientos que más inmediatos rodeaban el palco de Elío y sus agentes."

En esta forma estaban dispuestas las cosas, cuando la noticia de la muerte de la reina doña María Isabel, y la suspensión con este motivo de la función del teatro, vino á desconcertar los planes de los patrioter y masones.

"Toda la noche del 1.<sup>o</sup> y todo el día 2 de Enero, añade Van-Halen, no cesó Vidal de abocarse, ya con unos, ya con otros compañeros, á fin de concertar un nuevo, pero breve medio de verificar el arresto indispensable de Elío y sus satélites.

"Las diligencias con que todos procedieron fueron ciertamente laudables; pero la disposición de los puestos de la plaza y de los destacamentos de fuera no era la misma el día 2 que el

día 1.<sup>o</sup> Esta contrariedad, y el estado de agitación en que se hallaban los ánimos de los comprometidos, puso á Vidal en la espionosa necesidad de celebrar una reunión para asegurarse de todos á viva voz y hacer una nueva distribución de fuerzas en el acto.

"La casa del Forche, harto conocida desde este día, fué el punto que señaló Vidal para tan imprudente reunión, promovida sin duda más bien por la desesperación que por el arrojo que tanto le caracterizaba. Vidal se expresó en aquella asamblea con toda la exaltación que le había conducido á aquel delicado paso. Como de su arenga á la ejecución solo mediaban ya minutos, en la efervescencia natural de todos, nadie notó ni el semblante ni la repentina ausencia de un individuo, á quien el cuadro heroico que Vidal y su reunión presentaban, en vez de electrizarle, le habían infundido acaro, repentina ó estudiadamente. la cobarda idea de revelar al enemigo todo cuanto en aquel acto veía.

"Era tal la ignorancia en que estaba Elío de todo cuanto pasaba dentro de los muros de la ciudad en aquella crisis, que costó algún trabajo al infame delator (N. Padilla, cabo ó sargento del regimiento de la Reina) persuadirle del riesgo que amenazaba á su odiosa autoridad.



No obstante, haciéndose gular Elío por el tal Padilla, y seguido de una docena de miliones ó migüeles, que formaban su guardia favorita, se dirigió hácia la casa del Porche, en donde se mantuvo observando lo que interiormente podía su vista alcanzar.

"Vidal bajaba ya los primeros escalones de la casa cuando volvió hácia él uno de los que le precedían, acelerándose á darle cuenta de la patrulla sospechosa con que acababa de tropezar á la salida del jardín. Vidal, impelido por su natural intrepidez, sin llamar en su ayuda persona alguna de las que se hallaban en el interior de la casa, se adelantó inmediatamente al portal, y al descubrir la actitud hostil de la gente sospechosa, que él quiso por sí mismo reconocer, salió de entre aquel grupo una voz, que no le era desconocida: "Mi general, éste, éste es el coronel Vidal." Vidal reconociéndose vendido tiró del sable, arrojándose sobre los que cubrían ya la puerta; pero detenido el golpe en el marco de ella, dió lugar á Elío, que se hallaba á su derecha, para aprovechar uno de los movimientos descompuesto de Vidal, el cual recibió por la espalda la estocada.

"A las ocho de la mañana, prosigue Vau-Halen, se decidió por un Elío á registrar la ca-

sa del Porche, y atravesando la escalera tropezó con el cadáver de un capitán del regimiento de la Reina, D. Juan María Solá, que, testigo sin duda del golpe que había recibido su compañero Vidal, y desesperanzado de abrirse paso, en vez de morir luchando, puso fin á sus días bolidose la tapa de los sesos.

"D. Diego Calatrava, el capitán D. Luis Avilic, dos sargentos de caballería del Príncipe, Rengel y la Rosa, y otros varios, hasta el número de diez y siete, fueron sucesivamente cayendo en manos de sus perseguidores, y conducidos á las cárceles de San Narciso."

Vidal fué condenado á morir en la horca, cuya sentencia se ejecutó, pues aunque su defensor le facilitó veinticocho granos de ópio para que se suicidara, el veneno no produjo efecto.

## V.

Diego Calatrava.

(MURIO AÑO 1819 DE N. S. JESUCRISTO)

En la abortada conspiracion de Vidal en Valencia, de que acabamos de ocuparnos, desampa-

Fó uno de los principales papeles D. Diego Calatrava, que, como Vidal y otros muchos que tuvieron parte en ella, sufrieron una muerte desastrosa á consecuencia de aquella infena trama.

La complicidad de D. Diego Calatrava con Vidal no puede ponerse en duda, pues Van-Halen, tantas veces citado, y cuyo testimonio no inspirará desconfianza en esta materia, dice:

"D. Diego Calatrava, cuyas prondas cívicas le constituían en uno de los más fuertes apoyos de Vidal, recorrió toda la provincia (la de Valencia), visitó todas las plazas, y sacó de su corto paseo no menos fruto que el que había encontrado aquel en su vuelta por Castilla."

Por otra parte, D. Diego Calatrava estaba en la casa del Porche, en Valencia, entre los conjurados que en los momentos supremos se hallaban allí reunidos cuando fueron sorprendidos por el capitán general Elio el día 2 de Enero.

Aquel mismo día D. Diego Calatrava, D. Luis Aviño, el jóven D. Félix Beltrán de Lis, dos sargentos de caballería del Príncipe, Rengel y La Rosa, y otros hasta el número de diez y siete, fueron presos y poco tiempo despues fusilados por la espalda.

## VI.

Napoleon I, emperador de Francia.

(MURIO AÑO 1821 DE N. S. JESUCRISTO)

La historia nos presenta á cada paso hombres extraordinarios, á quienes la Providencia ha dado una mision especial para gloria ó castigo de las naciones. "El Señor, dice el P. Huguet (1), los coge de la mano y los eleva, y cuando han realizado un obra, los quiebra como una caña, y desaparecen sin dejar herederos ni continuadores. Sedsstris, que sometió al mundo bajo su dominacion, solo ofrece hoy asunto para inútiles

(1) *Terribles echatiments des revolutionnaires*, libro II, capítulo II.



investigaciones geroglíficas. El imperio del gran conquistador Alejandro se deshizo como la espuma en el agua. Atila y sus innumerables guerreros desaparecieron como una sombra. De Timour y Gengiskan solo queda la memoria de sus desastres. Del imperio romano solo se conserva la inmortalidad de su nombre y algunas ruinas que ni siquiera son bastantes á darnos una idea de su grandeza. Napoleon I, tan fastuosamente llamado *el Grande*, y que igualó sus empresas á las de los grandes capitanes de la antigüedad, murió á mil ochocientas leguas de su patria, vencido, agobiado bajo el peso de su desgracia, y encadenado como el Prometeo de la fábula.

“El rey de Asiria, cuyo poder llegó á ser tan grande, y que el soplo de Dios abatió hasta el punto de hacerlo inferior al hombre, es el símbolo cierto de la caída que está reservada á los victoriosos y príncipes de este mundo. El Señor, que habia permitido que Napoleon llegara á una altura apenas conocida, lo abandonó á sí mismo cuando por sus usurpaciones y sus atentados llegó á cansar á la divina misericordia. Cualquiera que sea la gloria que Dios concede á un hombre, este privilegio no es más que polvo y ceniza, y todo honor que á sí mismo se atribuye, es un grito de rebelion contra el cielo,

“Cuando Napoleon se vió en el apogeo imprevisto de su poder, se apoderó de él un vértigo mortal; se notó en sus facultades una extraña mudanza, que muestra qué grande aberracion hay en la vanidad humana: el sueño de la monarquía universal penetró en su corazón, y no podia concebir sin indignarse el que se le opusiera el menor obstáculo. Toda voluntad contraria á la suya fué tenida por culpable; el menor vestigio de verdad ó de derecho lo consideraba como un punto de apoyo para la rebelion. La libertad más inofensiva fué declarada crimen de lesa majestad. No vió en su formidable imperio sino un nuevo instrumento para acrecentar su dominacion.

“El mismo, conociendo que era tan obedecido y admirado, y habiendo recibido en sufragio tantas víctimas humanas, pareció persuadirse de que era de una naturaleza superior, y achó de menos aquellos tiempos en que los monarcas de la tierra se colocaban en el rango de los dioses. “No he nacido yo en ocasion oportuna, decia á M. de Fontanes, uno de sus consejeros. Ved á Alejandro. Él pudo llamarse hijo de Júpiter sin que nadie le contradijera; yo encuentro en mi siglo un sacerdote (el Pape) más poderoso